

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 51

50 cts.



LA
ROSA DE
NUEVA-YORK

por
Mae Murray
FilmoTeca
de Catalunya

NO OLVIDE USTED
que para el primer aniversario de

La Novela Semanal Cinematográfica

le preparamos

una **sensacional sorpresa!**

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 51

LA ROSA DE NUEVA-YORK

por MAE MURRAY

Metro Picture

Concesionario:

Salvador Huguet. (Programa Capitolio)
Provenza, 292 - Barcelona.

Argumento de la película de dicho título



La Rosa de Nueva - York

En un jardín escondido, adonde no llegaba el fragor de las luchas del vivir, floreció en belleza y lozanía una tierna rosa.

Incierto era el destino á que venía ligada la vida de este brote gentil, ignorado el ambiente en que esparciría su fragancia.

Rica su corola en delicados matices, balanceábase sobre sus pies aligeros como sobre frágil tallo.

¿Permanecería ella en el verde jardín, entre las humildes flores sus hermanas, resignada á que no admirase el mundo su esplendor?

No; que la modestia es patrimonio de la vio-

leta, y esa rosa reina de la danza, no desplegada aún toda su pompa, se erguía orgullosa y arrogante.

¿Quién le dió su poder de fascinación? ¿Quién modeló las flexibles líneas tentadoras de su animada escultura? ¿Quién le enseñó los secretos del ritmo?

Mirando su danzar alado, viendo el ágil ondular de su talle cimbreño, dudaría de si era flor, pájaro ó nereida.

¿Acaso la ciudad irradiaba sobre el lindo capullo esa atracción cegadora, irresistible, que ejerce sobre la mariposa la luz que ha de quemar sus alas?... ¡Oh, sí!

Y, próxima á su plenitud de brillantez, presentía la cumbre en que alcanzaría la gloria por los senderos de la Melodía... ¡Sería una ROSA DE NUEVA - YORK!

*
**

En el aristocrático barrio de Manhattan triunfaba la gloriosa primavera. A su aliento fecundo, que enjoyaba de esmeralda los árboles, brotaba también el esplendor de los ociosos hijos de la Fortuna. Celebrábase una partida de polo; algunas familias tomaban el té;

otras se paseaban siguiendo las incidencias del juego.

En esa reunión de «gente chic», vamos á conocer á varias de las personas que intervienen en los acontecimientos que se irán aquí relatando:

Hugo Thompson, uno de los más holgazanes entonces, y destinado á ser más tarde uno de los más ricos. A pesar de todo, un buen muchacho. Adoraba el polo... y todos los juegos. Eso era para él una ocupación muy divertida;

Pedro Thompson, padre de Hugo, célebre por su abolengo y por sus millones; un sorprendente resultado de interés compuesto;

La señora Thompson, madre de Hugo, muy sociable... para con los cuatro elegidos á quienes se dignaba dirigir la palabra;

Bárbara Royce, para quien entrar en la familia Thompson constituía un anhelo veheméntísimo. Era apasionada de los árboles genealógicos ilustres... si tenían manzanas de oro. El objeto para el logro de sus deseos era Hugo. Los padres de éste ayudaban á Bárbara en su intento de atracción del galán;

Rosalía Lawrence, eminente bailarina. El Polo era un juego interesante... pero aquel día tuvo una rival formidable en Rosalía, cuyos encantos absorvieron las miradas y los aplausos destinados á los jugadores.

El botón de Rosa, ya en amplia florescencia de divinas gracias, había hecho del mundo un escenario para sus triunfadores pies de danzarina;

Y, por último, Reinaldo Whitley, amigo de la genial Terpsícore moderna, uno de los que saben mantenerse en equilibrio teniendo un pie en la esfera de la grandeza y otro en el mundo del arte frívolo. El interés que le guiaba hacia Rosalía era puramente fantasía. Una mujer de tan incomparable belleza, distinción que causaba asombro, y de merecida popularidad, le halagaba mucho y deseaba que ella se decidiera por consagrarse á él enteramente.



Bárbara se había fijado en Rosalía y porque le tenía celos (estaba enterada de la inclinación á ella de Hugo) la criticaba á los padres de Hugo.

—Esa es la estrella que ha fascinado á toda nuestra juventud masculina... Sinceramente no veo en ella nada para esa seducción.

La señora Thompson asentía en la manifestación de Bárbara y el señor Thompson, rígido en sus costumbres, pensaba para sí que su hi-

jo no había de verse más con esa mujer, cuya amistad no ignoraba.

Había terminado el partido de Polo y Hugo salió vencedor. Varios aristócratas conocidos de la artista de moda, se apresuraron á ir á felicitarla resumiendo uno de ellos el significado de sus elogios:

—Bastó su presencia para que Hugo triunfara... Es usted una mascota maravillosa.

—Indiscutiblemente, amigos míos—respondió ella—. Esa esquiva deidad que llaman Suerte, se torna sumisa con el que toque mi mano.

Cuatro, seis, ocho, diez manos solicitaron esa gracia, pero ella les dijo:

—Acostumbro á cobrar por adelantado aunque á precio módico: nada más que una taza de té.

En seguida rodearon los galantes jóvenes un velador de la terraza para tomar el té con Rosalía, mientras ésta, saludada en ese momento por Hugo, hablaba con él:

—Encantado, gentil Rosalía, de su admirable decisión de venir á verme.

—Justa correspondencia nada más. Si usted va á verme bailar todas las noches, yo puedo venir una vez á admirar su maestría de jinete... ¿Vamos á tomar el té?

El brevaje oriental había sido pedido... pero

el camarero se hacía esperar. Rosalía, con su graciosa, charla distraía á sus amigos.

Pero Hugo había cometido la indelicadeza de no ir á ver á sus padres... y á Bárbara, y éstos le estaban mirando con cara de profundo disgusto. Rosalía, que conocía á los pa-



Rosalía Lawrence, eminente bailarina...

rientes de Hugo, dijo á éste, con reticencia, suponiendo era ella el motivo del enfado de aquéllos:

—Váyase, Huguito. El jurado está dictando veredicto y creo que declara á usted culpable.

—¿El jurado? ¡Que lo cuelguen! Ya hace un rato que salí yo de la clase de párvulos.

—Tomaría usted el grado superior en secreto; porque sus papaitos creo yo que no lo saben todavía.

Reinaldo, disimulando su doble intención, añadió:



Varios aristócratas, conocidos de la artista...

—¿Por qué, Huguito, no obsequias á tu familia con una agradable impresión poniéndola en relación con nuestra encantadora Rosalía?

—No tengo inconveniente, si Rosalía quiere.

—Gracias por la intención. Ya sé lo que son

familias... y prefiero mi jardín interior, plácido y bello en su mansa soledad.

El señor Thompson no tuvo paciencia para aguantar más tiempo la inconveniencia de su hijo, fué á buscarlo él mismo, y le dijo con naturalidad:

—¿Te has distraído, Hugo? Tu madre y Bárbara te esperan.

—Es verdad, papá... pero... desearía presentarte á la señorita Rosalía Lawrence.

El señor Thompson se inclinó levemente, murmuró alguna palabra dictada por la educación y empujó discretamente hacia adelante á su hijo, apartándole de allí con el correspondiente sermón, que terminó así:

—Te estás haciendo demasiado visible... Todo el mundo habla ya de tus atenciones excesivas hacia esa joven.

Rosalía, á quien la escena que acababa de desarrollarse á sus ojos había sorprendido íntimamente, fingió seguir bromeando con sus admiradores, y supo librarse de ellos.

—Nada, pequeños: volvéos á vuestras casas ó recibiréis una zurra de los papás.

Los interesados comprendieron y lo que sintieron fué no poder ninguno de ellos forjarse ilusiones respecto á Rosalía, picada ya por la abeja del amor...

Solo se quedó Reinaldo con Rosalía y fué á

él, como amigo, á quien ella contó sus pensamientos.

—Es una vida ideal esta de bailarina... siempre que se continúe bailando, bailando...

Reinaldo emitió su opinión.

—No tome estas cosas tan á pecho, que así sufre inútilmente el corazón.

—¿El corazón? Sería si lo tuviera. Los corazones son baratijas frágiles que no resisten al primer choque.

*
*•

Las flores silvestres crecen á ras de tierra; las de la ciudad críanse entre oro y seda, muy altas sobre las impurezas del arroyo. Por eso la rosa de Nueva-York supo buscar un marco digno de su belleza.

Reinaldo había acompañado á Rosalía hasta su regia morada. Buscaba una ocasión para lograr sus propósitos de ser el único amigo de la famosa artista.

Rosalía recibió de manos de una criada un sobre en el centro de cuyo respaldo leyó este membrete impreso:

Tomás Darcey
Rancho Dar Lee
Eilerslie N. Y.

y en sus labios preciosos dibujóse una franca sonrisa. Leería la carta luego, cuando se hallase sola.

En su casa también la esperaba un artístico «bouquet» de olorosas flores con la tarjeta del remitente. Este era Hugo. En los cuatro ángu-



—No tome estas cosas tan á pecho, que así sufre inútilmente el corazón.

los de la cartulina había esta declaración: Te amo, te amo, te amo, te amo.

En otra ocasión tal vez ese envío de Hugo hubiera complacido sobremanera á Rosalía,

pero después de lo ocurrido poco antes con él y su padre, le era casi indiferente.

Reinaldo la preguntó:

—¿Y quién ha sido el delicado remitente de esas flores de invernadero?

—Un pobrecito hijo de millonario, á quien no permiten exhibirse en compañía de una mujer silvestre... Toma Marta: envía á un hospital esas flores enfermas.

El hospital á que se refería Rosalía era el grifo de la cocina porque en efecto un poco de agua sacudiría el sueño de esas flores de lujo.

Rosalía, que había recordado con mayor disgusto la influencia que el padre de Hugo tenía sobre su hijo, por temor probablemente, desahogó su pena discutiendo con Reinaldo lo ocurrido cuando iban á tomar el té juntos.

—Yo había visto en Hugo al hombre capaz de dar la felicidad con que una mujer sueña, y hoy descubrí que le falta una cosa: valentía.

—¿Y qué piensa usted hacer? ¿Infundirle esa energía de que carece ó dejarlo con los papás que le cultivan ese apocamiento nada viril?... No sé, no sé... Están demasiado ufanos con su niño; y sobre todo, parece que les preocupa la murmuración, que les da temor el juicio ajeno.

—¡Oh, no! Si Hugo no sabe amordazar las malas lenguas, sabré yo. ¡Mi propia estimación

no puede compararse con todos sus millones.

—¿Va usted á alejarlo? Entonces, renace en mi pecho la esperanza. Acuérdesse, al elegir de nuevo, de la perseverancia de mi amor.

—Su frase, Reinaldo, pone fin á esta escena. Yo entiendo el amor de otra manera; no creo en que el roce atrae las almas como atrae el cuerpo; sólo creo en la comunión de esas almas. Adiós.

Rosalía se alejó de Reinaldo por la escalera, para dirigirse á sus habitaciones particulares.

Reinaldo, que comprendió que no le sería posible acaparar ni el afecto ni el amor de Rosalía la siguió con la mirada. Ella le hizo algún mohín gracioso como diciéndole que sería por demás que se enfadara porque había sido sincera con él. Lo que pensaba también Reinaldo era que el corazón de Rosalía no navegaba sin amparo.

Rosalía, conforme iba subiendo la escalera, leía la carta que le había enviado Tomás Darcey, la cual decía así:

“... y pienso que no has estado aquí hace cinco semanas. El martes estuve comiendo en casa de tu madre; me leyó una larga carta tuya, en la que no hay un triste recuerdo para mí. Te envío una fotografía del recién venido, que tiene sólo dos semanas, y es una hermosura de ca-



—Su frase, Reinaldo, pone fin á esta escena.

ballo. Espera saber pronto de tí quien siempre es tuyo,

Tomás“.

Rosalía se puso muy contenta y reconoció que había tenido culpa no mentando en su carta á su madre á Tomás, el buen Tomás, que la adoraba. De modo que, dispuesta á complacer al reclamante y á dar una alegría á su madre, ordenó lo que sigue á su criada:

—Marfa telegrafía á mi madre que el domingo iré á casa.

Con razón había pensado Reinaldo que el corazón de Rosalía no navegaba sin amparo...

En su palacio interior, Rosalía era como una niña caprichosa y en sus perritos desbordaba la mucha bondad de todo su ser.

Por la noche, en la puerta del escenario, esperaban para entrar Hugo y Reinaldo. Este último estaba decidido á no perder la amistad que le dispensaba Rosalía, la cual le daba motivo de lucirla en alguna fiesta.

Pero eran muchos los don Juanes que llamaban á esa puerta, y muy pocos los recibidos.

En su camarín, de vastas dimensiones, se hallaba Rosalía. El empresario Alfredo Hoffman, de cuyas manos salían muchas estrellas que no dejaban en su firmamento ni un rastro de luz... porque todas le resultaban fugaces, se

entrevistaba con Rosalía, la mejor estrella que había pasado por su teatro. Cuando llegaba y quería hablarla, Rosalía había recibido un telegrama de Tomás en contestación al suyo y en el cual aquél le anunciaba lo siguiente:

“Tu madre recibió despacho y te aguarda domingo. Estaré esperándote con nueva montura.

Tomás.“

Viéndola alegre, el empresario se había imaginado salir airoso de su intento de renovación del contrato.

—El contrato puede esperar, señor Hoffman. Voy á pasar el domingo en casa, que es donde resuelvo mejor todos mis problemas.

Rosalía, al depositar el telegrama de Tomás encima de su tocador reparó en una de las tarjetas de los que solicitaban, esperándola á la puerta del escenario, ser recibidos por ella.

El empresario que acechaba un motivo para insistir con acierto en su pretensión, leyó el nombre litografiado en la cartulina, que era el de Hugo. A la vista de ello, aquél dijo á Rosalía, sonriéndola:

—Buen partido, Rosalía... Con ese Thompson, podrá usted tener algún día un teatro de su propiedad.

—Si yo llegase á tener un teatro, lo debería á mi propio esfuerzo, no al dinero de nadie.

—Sin embargo, no debe usted espantarlo. Sepa que toma un palco todas las noches.

—Eso le interesará á usted, Alfredo, mas no á mí.

—Antes de rehusar sus pretensiones, debe usted pensarlo dos veces.

—Yo no pienso ciertas cosas más que una vez, y me basta. No quiero recibir á nadie esta noche; tengo otras cosas en que pensar.

Desesperado el original empresario que en su vida no supo retener por la cola á una estrella que le daba dinero, se daba á los demonios al pensar que Rosalía, que había puesto á flote sus negocios teatrales, podía escapársele como las otras. Al marcharse, viendo á los dos aristócratas en «espera» de que el severo conserje recibiera la orden de permitirles la entrada, él les dijo, paternalmente:

—Tomad, amigos, el consejo de un hombre experto y no discutáis con las mujeres: siempre llevan ellas la razón.

Sola con sus reflexiones en su camarín, Rosalía había puesto juntos delante de sus ojos los dos nombres de Tomás y Hugo. ¿Cuál de los dos interesaba más á su corazón? Enigma de mujer enamorada y resentida.

Ha llegado el domingo. Ya vemos en la paz de égloga de los campos dormidos la casita en cuyo jardín brotara la Rosa de Nueva York.

La madre dulce y buena que comprende siempre porque siempre ama, era la figura radiante que iluminaba el hogar. No faltaba detalle para que la bienvenida preparada á la niña fuese francamente de su agrado; ni el helado.

La llegada de Rosalía llenó de gozo á su madre y á todos los de la casa. Madre é hija se amaban con delirio.

A poco llegó Tomás.

Tomás Darcey, vecino de la familia de Rosalía, era propietario del rancho Dar See. Alma noble en cuerpo vigoroso, era tan «pura sangre» como los caballos de su dehesa.

La alegría de Rosalía y Tomás al verse después de cinco semanas de «olvido» por parte de ella, no es necesario describirla; es mejor ponerla.

—¡Rosalía! ¡Hay que agradecer como un milagro de Dios verte otra vez aquí, chiquital!

—¿Pensaste en mí, Tomás?

—¡Que si te eché de menos! ¿Quién podía llenar el espacio que tú, luz y alegría para el alma, dejaste sombrío y triste en mi pobre corazón?

—No sigas, Tomás; acabaríamos por llorar los dos. ¡Qué gracioso estás cuando me haces el amor! ¡Tú siempre tan sanote... y yo cada vez menos visible cuando me pongo á tu lado!

—Las muñecas más bellas son las más pequeñas.

—Venga esa mano, gigante.

—Venga esa mano, bebé.



¿Pensaste en mí, Tomás?

—¿Bailemos?

—Si me enseñas....

—Eso se aprende solo. Mira, ¿ves?, así... dale de vueltas... levanta los pies.

La madre de Rosa salía de la cocina en este momento.

—Hoy es domingo, hijita. Hoy no se baila —la dijo.

—¡Estoy tan contenta, madrecita, de veros!

Entretanto en Nueva York, después del oficio divino en la casa de los Thompson, un palacio sin encantos ni calor de hogar en la Quinta Avenida, Hugo y su padre discutían en el despacho del segundo, quien terminó diciendo:

—¡No admito discusiones sobre este punto! Siempre fué cosa convenida que te casarías con Bárbara... ¡y te casarás! ¡Y si tú y tu bailarina seguís dando pasto á la murmuración, te desheredaré!

La madre de Hugo, por su parte, hablaba con Bárbara, ésta visiblemente afectada, no por la conducta que observaba para con ella Hugo, sino por el temor de que su sueño de grandeza no llegara á realizarse.

—No hagas caso, Bárbara, del carácter de Hugo. Nunca fué muy expresivo en sus sentimientos; pero figúrate si yo no voy á saber que te quiere.

Bárbara disimulaba mayormente su disgusto.

—Es sencillamente curioso—contestó—... Hugo se me declara por delegación... porque si me atuviera á lo que voy viendo yo misma

y al artículo y fotografía que publica este periódico como una nota de sociedad interesante, no creo que sería prudente continuar pensando en una cosa seria....

—¿Los periódicos también hablan de Hugo y de esa mujer?

—Sí, claro: ella está de moda y Hugo es conocido.... Lea usted el periódico....

—En efecto; pero tú, Bárbara, debes ayudarnos á arrancarlo de la seducción de esa mujer. Tú le amas, nos consta á mi esposo y á mí, él te ama también. Nosotros os protegeremos yo te prometo que Hugo se casará contigo.

Mientras, la Rosa de Nueva York contemplaba la potrada del rancho Dar See, prediciendo, inteligente, sus futuros triunfos en los hipódromos.

La imaginación de Rosalía permanecía quieta en aquellos momentos en el lugar de sus mayores... olvidando por completo la ciudad inmensa.

Bárbara, siguiendo el consejo de la madre de Hugo, aprovechaba una en revista con éste á solas para enseñarle el periódico que le comprometía á sus ojos, y le dijo, subrayando sus palabras:

—El hombre que me haga su esposa, tendrá una mujer comprensiva... hasta el exceso de la indulgencia.

¿Y qué quiere usted decir con eso?

—Usted es un hombre rico y yo una mujer á la moderna, es decir, tolerante. Podría usted tener sus pequeños devaneos, y yo no me daría por enterada.

La proposición de Bárbara era en extremo peregrina para Hugo, si que también de una modernidad pasmosa. Puestas las cosas sobre el terreno indicado por Bárbara, Hugo no había de temer la pérdida de Rosalía... aunque se casara, obligado por sus padres, con la «mujer moderna».

Rosalía, admirando la laboriosidad y nobleza de Tomás, y adivinando sin ningún esfuerzo la emoción que él sentía al tenerla á su lado, se detuvo, le miró á los ojos, y exclamó:

—Eres el hombre más sufrido del mundo, Tomás... ¿Cuánto tiempo hace que estás enamorado de mí?

No esperaba Tomás ese cañonazo, de modo que hubo de reponerse de la sorpresa antes de contestar.

—Mucho, Rosalía. Acaso tú misma no te dieras cuenta entonces. ¡Eras aún tan pequeña!...

Hay instantes en la vida que dictan á uno graves determinaciones para renunciar por otra cosa más sólida á una quimera vana y peligrosa. La comparación de Hugo y Tomás

por Rosalía dió por resultado la elección de la bella realidad, representada por el segundo.

—¿Qué dirías tú, si supieras que estoy decidida á renunciar á mi arte y á volver á casa para siempre?

—Diría que eres grande. No, eso es poco; ¡diría que eres inmensa, Rosalía!

—¡Pues seré inmensa, Tomás!

*
**

Rosalía había vuelto á Nueva York. Se hallaba de nuevo en su camarín con el empresario Alfredo.

Ni el rayo mortífero ni el huracán arrasador, ni el incendio voraz producen más espanto. Un cataclismo horrendo amenazaba derribar las esferas teatrales. Alfredo Hoffman había atado su carro á una estrella... ¡y la estrella quería apagar sus fulgores!

—¿Estaba usted loca cuando me escribió esta carta anunciándome su despedida?

—En mi vida estuve más equilibrada que en ese momento.

—Lo dudo, Rosalía. ¡A ver si es cordura intentar retirarse cuando es usted el tema preferente de todas las conversaciones!

—Usted lo ha dicho, Alfredo. Todos hablan de mí... mucho más de lo que debieran.

—Peor sería que no hablaran. Su hora gloriosa habría pasado ya, y moriría usted para el mundo del arte. Créame, Rosalía: mientras á una mujer la llamen vampiro y otros nom-



—*¿Estaba V. loca cuando me escribió esta carta...*

bres peores que inventa la envidia, están labrándole su pedestal y su fortuna.

—¡Triste celebridad la de quien sube á un trono por las gradas del escándalo! ¿Para qué, entonces, querría mi arte?

—Me saca usted de tino, Rosalía. Es imposible tratar con usted. Su cabeza no tiene compostura.

—¡Qué cómico está usted así!

—¿Cómo puede usted reírse cuando me tiene enfermo de preocupación y de inquietud?

—¡Basta, Alfredo! ¡Me está usted enterneciendo despiadadamente! Lo que escribí queda en pie... Me retiro del teatro.

—¡Si usted hace eso, yo me vuelvo loco... loco!

*
**

Por última vez la bruja fascinación de la artista, el esplendor de las luces, como antorchas triunfales; el entusiasmo del público... Era la despedida de La Rosa de Nueva York.

Y en la platea, frente á ella, estaban los dos seres que jamás le dieron el dolor de un desengaño: su madre, lleno á un tiempo de orgullo y de congoja el materno corazón, y Tomás.

¡Oh! Esa diosa radiante que cual aparición celestial se presentaba en escena, no podía ser para la anciana su Rosalía de ayer, la sencilla Rosa que floreciera en el escondido jardín humilde.

Y Tomás, en feliz arrobamiento, abría su alma á la esperanza de que sus sueños se hiciesen pronta realidad en los brazos de la genfil amada. Con sumo tacto dijo á la madre de Rosa:

—Ella querrá despedirse de sus amigos; de modo que nos iremos directamente á casa.

Tomás tenía prisa por llegar á casa... y por estar mucho más junto á Rosalía que lo que estaba en el teatro.

Hugo, desde un palco, no recataba su entusiasmo, aquel entusiasmo que había dado margen á los maliciosos comentarios de su dorado círculo, al terminar el espectáculo.

Fué un momento aquel en que la emoción; si paralizó para el aplauso las manos del enamorado y de la anciana, aceleró en cambio el ritmo de sus corazones.

—¡Que hable! ¡Que hable!—pedía el público á la mimada bailarina.

Y Rosalía, ante la insistencia del teatro en masa, hubo de dirigir la palabra á los espectadores:

—Me hacéis vivir una hora tan dolorosamente feliz... que la gratitud de mi alma detiene las frases de despido cuando van camino de mis labios. Os ruego que no me olvidéis, amigos míos. Tampoco yo podré olvidaros. Jamás creí que este adiós con que me separó de vos-

otros, fuera á ser tan triste, tan amargo para mí... Me voy, queridos amigos; pero entre vosotros se queda algo de mi alma... ¡Adiós!

Emocionadísima, Rosalía arrojaba flores al público, la primera á su madre. Hugo esperaba una de aquellas flores; pero una en cuya corola hubiese vertido también la artista adorada el aroma ideal de su beso...

En su camarín, silenciosamente triste, la Rosa despedíase de sus objetos queridos.

Al salir del teatro, Hugo se dirigió hacia la puerta del escenario, y mientras se disponía á llegar hasta su cielo, alguien vigilaba en la sombra.

El futuro millonario sirvióse de la única llave que puede abrir todas las puertas: unas monedas á Marta para que lo introdujera cerca de Rosalía.

La criada, una buenaza negra, trató de corresponder á la generosidad de Hugo con un poco de insistencia cerca de Rosalía por que le recibiera:

—Ese gran caballero Thompson está esperando fuera.

—Díle que se vaya; no quiero verlo.

—Mejor sería que lo viera, amita; porque él se plantará en la puerta del cuarto, y no podremos salir en toda la noche.

—Basta ya, Marta. Te he dicho que no le recibo, y no quiero decírtelo otra vez.

Pero Hugo evitó á la criada el obedecer, mal que le pesara, á su ama, pues, hallándose junto á la puerta del camarín, solamente entornada, y habiéndolo oído todo, había tenido el atrevimiento de entrar sin que nadie le autorizara á ello.

No tan severa como hubiera querido serlo, Rosalía le dijo:

—Ya pedí á usted que no volviera á molestarte con su presencia.

—¿Qué mal le hecho yo, Rosalía, para que se niegue á verme?

—Sin querer, daña usted mi reputación; por eso adopto la actitud que me parece mejor para ambos.

—¿Cómo puede usted tratarme así, sabiendo que vivo para amarla? Los pocos días que ha estado usted ausente fueron para mí un martirio horrendo. Le juro, Rosalía, que le hablo con el alma.... Fuera yo dueño del mundo, y daría el mundo por su amor.

—No continúe, Hugo, se lo ruego.... Entre nosotros no puede haber ni amistad.

—Pero, ¿por qué, querida mía?

—¿Aun no está usted satisfecho? ¿Quiere que la gente siga haciendo tiras de mi crédito, con torpe y malsano placer?

—Pero, ¿tengo yo algún medio para hacer que enmudezcan las lenguas de los maldicientes?

—Yo sí lo tengo, y lo pongo en práctica: no volver á vernos más.

—...Pero ahora es diferente, corazón mío. Ahora pido á usted... te pido que seas mi esposa.

El semblante de Rosalía adquirió una tenalidad excepcional. ¿Sería capaz Hugo de casarse con ella? ¿Lo haría sin tener que consultarlo antes con su «papá»? ¡Oh, qué felicidad si lo hiciera!

El prosiguió, acercándose á ella y venciendo su resistencia:

—¡Tú reinas en mi corazón sobre todos los amores.... ¡Dime que te casarás conmigo!

Hubo una ligera y terrible lucha entre la duda y la verdad en el corazón de Rosalía, y como era de prever, pues Rosalía no había dejado de amar á Hugo y sólo la suposición de que perdería el tiempo si tomaba en serio sus galanterías la había aconsejado suprimir las relaciones que sostenía con él (considerando que sus padres jamás consentirían en formalizar esas relaciones)—venció lo que aniquila todo razonamiento: el amor.

Hugo, enamorado de verdad de Rosalía, no había ido hasta el fondo de su grave resolu-

ción, y olvidándose de todo lo demás de la vida sólo veía ante sí á la adorada adorable mujer.

Aun al borde de la soñada dicha tuvo Rosalía una extraña vacilación; mas á ésta se impuso el cosquilleo de un apasionado abrazo de Hugo acompañado de suaves caricias prometedoras de una dicha sin par... Ese acontecimiento absolutamente inesperado era para Rosalía el mágico despertar de una pesadilla de amor *por amor*.

Hugo, feliz como nunca, completamente decidido á proceder conforme á la voz de su conciencia que iba de la mano con su corazón, repitió á Rosalía que iban á casarse á la mayor brevedad, para que cuanto antes se convenciera ella palpablemente de la certeza de sus promesas, y la terminó diciendo:

—Sólo un favor espero de tí, querida; que guardes el secreto de nuestro casamiento hasta que yo solucione ciertos asuntos que á los dos nos interesan.

—Como quieras, Huguito... —respondióle Rosalía, rendidamente prendada de Hugo, el primer hombre que interesó vivamente su sensibilidad de cariñosa mujer —Yo siempre haré lo que tú me mandes.

—Vamos á celebrar, cenando juntos, esta primera hora de nuestra dicha.



Gracias por la intención. Ya sé lo que son familias... y prefiero...

—Acepto, Hugo, pero no puedo ir contigo en seguida...

—¿Quién te lo impide?

—Está esperándome en casa alguien á quien tengo que ver primeramente.

—Entonces, ¿dónde habré de esperarte?

—Dame una hora para este deber, y entonces puedes venir á casa á buscarme, Hugo.

Hugo, al ir á separarse de Rosalía, inició el deseo de besarla, mas ella le detuvo á tiempo dándole á entender que quería ser respetada hasta unirse con él para siempre. Rosalía entendía el amor como una mujer amantísima que sabe oponer á su pasión natural el dique de la seriedad.

De modo que Hugo, cada vez más admirado de la exquisitez de carácter de Rosalía, se despidió de ella, cariñosamente, diciéndola: —Hasta dentro de una hora, señora Thompson.

Rosalía se consideraba á tres pasos de la ventura y con tembloroso afán ansiaba que su gran ilusión se consolidara en el más rotundo triunfo del amor.

En casa de Rosalía, durante la declaración amorosa de Hugo en el camarín de la danzarina que dejaba el arte, Tomás contribuía, gozoso, á los preparativos para la vuelta de Rosalía, ignorante de la sorpresa que le estaba tejiendo el destino.

La madre de Rosalía, secundada por Tomás, había adornado una mesa en la que puso tres cubiertos. Pero un secreto instinto la hizo comprender, súbitamente, que en aquella comida iba á estorbar una persona: ella. De sobra conocía la causa de la despedida de las tablas de su hija, y mucho la complacía el proyecto de unir sus existencias Tomás, excelente muchacho á toda prueba, y Rosalía, que únicamente tenía el «defecto» de ser tan traviesa como un diablillo. Sin embargo, esa imperfección de Rosalía no era para Tomás óbice á la adoración con que desde su más tierna edad la había ido tratando.

De consiguiente, la excelente madre quitó de la mesa el cubierto que le correspondía, dejando sólo, el uno frente al otro, los de Rosalía y Tomás respectivamente.

Rosalía llegó á su casa poco después de su compromiso con Hugo. No estaba alegre como de costumbre y ello no pasó inadvertido por Tomás que esperaba recibirla en sus brazos como prueba de que de ellos pronto no se movería mientras tuviera un soplo de vida.

Rosalía habló primero con su madre, á la que dijo:

—¿Verdad mamáita del alma, que querrás dejarnos solos unos momentos? Deseo decir algo secreto á Tomás.

La admirable anciana supuso, ingénuamente, que los dos jóvenes querían hablar de sus cosas sin más tardar, tal vez para echar un velo desde entonces en adelante á todos los recuerdos de la antigua vida de Rosalía, para emprender con *llaneza* el llano nuevo camino que ambos se habían trazado de común acuerdo.

Así pues, Rosalía y Tomás—éste intranquilo, temiendo, porque una voz se lo decía, que no tenía tan seguro como había creído al principio el amor de la angelical Rosalía—platicaron de esta manera:

—¿No es cierto apreciable Tomás, que nosotros fuimos siempre excelentes amigos?

—Es verdad, Rosalía... ¡Quién lo duda! Pero yo esperaba que seríamos más que amigos... Sin embargo, sea como sea, dime sin recelo, chiquita, eso que parece pesarte y que pugna por salir á tus labios.

—Me da pena, Tomás, porque voy á causarte un daño terrible. Yo... yo estoy enamorada de otro.

—¡Ah! ¿Eso era... y tardaste tanto en decirme?... Sigue, mujer...

—Semanas enteras luché, resuelta á vencerlo, contra este amor; pero él es más fuerte que mi pobre voluntad.

—¿De modo, Rosalía, que he de dar muerte á

mis esperanzas, que no te importo ya, que me niegas para siempre tu afecto?

—No, Tomás; me importas como antes... pero mi afecto es muy otro del que tú deseas. No puedo decirte más por ahora, no puedo.

—Ni hace falta que me digas más... ¿No lees en mi semblante cómo comprendo lo que te callas?

—Eres admirable, Tomás. Te resignas santamente, te pliegas á mi voluntad sin un rencor en el gesto, sin un reproche en la palabra...

—¿Y para qué, hijita? ¿No ves que yo sacrificaría gustoso mi vida, si ello hiciera falta para tu felicidad?

En este momento llamaron á la puerta de la casa de Rosalía. Marta abrió. Era Hugo.

Tomás comprendió, por la expresión del rostro de Rosalía, que el recién llegado era *el otro*, el hombre que Rosalía amaba, y discretamente, levantándose del diván en que estaba sentado, miró á Hugo, como si quisiera penetrar en su interior para conocer exactamente, para su tranquilidad respecto á que Rosalía sería tan feliz como merecía serlo, sus verdaderas intenciones...

Hugo vaciló entre permanecer distanciado de Rosalía y Tomás, extrañándose de ver á éste en casa de Rosalía, pero ésta, cuyo azoramiento en el momento crítico de presentar á

los dos hombres, rivales por la fuerza de las cosas, era extraordinario, supo salir sin mucha dificultad del delicado paso.

—Hugo, mi amigo de la infancia, Tomás Darcey, casi un hermano... Tomás, Hugo Thompsom... mi novio.

Hecha la presentación, Rosalía esperó an-



Hecha la presentación, Rosalía esperó ansiosa...

siosa lo que iban á hacer los dos hombres si en aquel instante algo les dijera que no podían ser amigos por apetecer ambos á la misma mujer.

Tomás libró á Rosalía, con su conducta de hombre de bien, de la angustiada espera... ten-

diendo su mano á Hugo que la estrechó en la suya.

Luego, Tomás manifestó que se retiraba—puesto que ya nada tenía que hacer allí—y



—Venga esa mano.

Rosalía, antes de que se fuera, le dijo, refiriéndose á su nobleza:

—Gracias, Tomás... ¡Siempre amigos leales!

Tomás la tranquilizó aún más con la mirada respecto á que no partía enojado con ella, y tuvo aún el sublime buen humor de bromear al darse la mano como solían hacerlo en el campo.

—Venga esa mano.

—Venga ahora la tuya.

Y se oían dos fuertes palmadas.

Decididamente se apreciaban, se querían mucho... como hermanos según ella... más que hermanos según él y lo que pudo ver Hugo.

Una prueba de que existía cierta cosa más expresiva que un cariño fraternal entre Tomás y Rosalía, la tuvo Hugo cuando, al cerrarse la puerta de la casa de Rosalía detrás de Tomás, ésta no pudo reprimir un gesto como para ir á retener al desbancado pretendiente. Hugo, rápidamente, la cerró la salida, la tomó en sus brazos y sus labios juntáronse como para indicarla que con ello empezaba una nueva vida para los dos, enterrando el pasado.

*
**

Con toda celeridad, Rosalía y Hugo se casaron secretos.

Hasta anudados ocultamente, los lazos ma-

trimoniales atan fuertemente. Y Rosalía era feliz con la conciencia de su nueva dignidad.

Mas he aquí lo que un día leyó en un periódico local:

DEL GRAN MUNDO

“La señora Thompson dará esta noche un té en honor de la señorita Royce. Con este motivo se pregunta la Sociedad si las relaciones entre los Royce y los Thompson se estrecharán más por un contrato de boda entre los vástagos de las respectivas familias.”

Ese eco de sociedad irritó á la nerviosa Rosalía que, impaciente por que Hugo fuera á verla para pedirle una explicación referente á esa noticia, que forzosamente era falsa, se paseaba, pataleando ó poco menos, por su casa, la misma de siempre, donde Hugo, mientras no pudiera llevarla á la suya, la visitaba.

La sociedad, única preocupación de la señora Thompson, proporcionábale un rudo ajetreo de doce horas diarias... y ese día hacía preparativos insólitos para su anunciado té de la tarde.

Hugo, que estaba con ella, intentó persuadirla á invitar á Rosalía, recordándole que ésta, prefiriendo la vida tranquila del hogar había renunciado á su carrera artística. Como su madre le escuchaba con benevolencia, Hugo insistió:



Y Rosalía era feliz con la conciencia de su nueva dignidad.

—Debes dejarme que te la presente, mamá.

—Si sólo se tratara de mí, Hugo, acaso por complacerte... pero comprende que eso significaría una desconsideración para con Bárbara.

—Tenéis una opinión muy falsa de la señorita Lawrence. Es una muchacha encantadora, educadísima, de vida irreprochable. Si quieres complacerme invítala hoy al té.

La señora Thompson iba á negarse á atender la súplica de su hijo, cuando Bárbara, apareciéndoseles con cara risueña, dijo á aquélla:

—No he podido evitar oír lo que hablaban. ¿Por qué no deja usted á Hugo que la traiga, si él lo quiere así?

—Gracias, Bárbara,—se apresuró á decirle él.—Esa complacencia hace á usted doblemente simpática á mis ojos.

Como que la conformidad de Bárbara bastaba para que su madre le permitiera invitar á Rosa ía al té, Hugo salió disparado de la habitación en que estaba con ellas, para ir á telefonar á su esposa.

—¡Uia noticia, querida mía, que va á dejarte sin aliento.

—¿Qué es ello, esposo mio?

—Mamá te invita al té de esta tarde. En seguida iré á recogerlo.

—¡Oh felicidad! Voy á vestirme en un vuelo.

A fin de que la madre de Hugo no interpretara erróneamente el motivo que la había impulsado á intervenir en favor de su hijo cuando éste la estaba pidiendo que invitara á la exdanzarina, Bárbara la dijo así:

—No hay que contrariarlo, señora. Ya tengo yo trazado mi plan.

A continuación le murmuró algunas palabras al oído á lo que, maravillada, contestó la señora Thompson con este elogio:

—Eres muy hábil, Bárbara. Jamás hubiera yo pensado una cosa así.

Por lo visto se conspiraba contra Rosalía...

Mientras, en su guarida estaba el león—el riguroso padre de Hugo—ajeno á lo que se tramaba á despecho de su fiereza. El agente á quien había encargado la estrecha vigilancia de su hijo—el mismo que vigilaba la noche de la despedida de Rosalía á la puerta del escenario hasta que vió á Hugo entrar por ella—, estaba allí, en su despacho, esperando que le diera audiencia para comunicarle datos muy interesantes acerca de la conducta observada por su hijo.

Conseguida aquélla, dijo el agente:

—Su hijo pasa mañana y noche con esa danzarina.

—¿Es posible? ¿Es de esta manera que sigue mis consejos? Está bien: pondré término á

este estado de cosas aunque tenga que gastarme un millón. Publicaré unas declaraciones en la prensa de la ciudad.

Como todo llega en la vida, así llegó la hora del té en casa de la señora Thompson.

• El té en casa de la señora Thompson tenía solemnidades litúrgicas; una bebida como para ser musicada por los maestros del arte melódico.

Rosalía aparecía radiante de belleza ante su esposo maravillado de ello, quien la dijo:

—Hoy será el día de tu glorioso desquite. Tus más tenaces detractores se te rendirán en cuanto te conozcan.

Y así fué como, con el corazón lleno de esperanza, llegaron Hugo y Rosalía á la fiesta que se celebraba en casa del primero.

Hugo se vió primero con su madre que, al corriente de las intenciones de Bárbara, dispuso á Rosalía una acogida como no hubiera podido jamás suponerla Hugo.

—Te presento á mi... á mi... amiga, la señorita Lawrence.

Naturalmente, Hugo no podía presentar á Rosalía más que como amiga mientras no se aclarara su situación particular, solución que Hugo, á no dudarle en vista de la afectuosidad con que su madre la había recibido en sus salones, pensaba ver pronto alcanzada.

La señora Thompson, en efecto, había contestado á Rosalía, al presentársela su hijo, como sigue:

—Fué usted muy amable accediendo á venir á casa.

Y Rosalía, con mucha oportunidad, le replicó:

—No tanto como usted bondadosa al invitarme.

Iniciada de esta forma la conversación entre Rosalía y la madre de Hugo, Bárbara, que acechaba en la sombra, cogió á éste del brazo, apartándolo de allí con estas palabras:

—Deje usted á su madre hablar con la señorita Lawrence. ¿Ha visto usted ya el nuevo cuadro adquirido por su papá? Saba á admirarlo conmigo... Es magnífico.

Entonces fué cuando Rosalía sintió por vez primera, desde que principió á amar, lo que eran los celos y si no la atenazaran las cadenas del secreto de lo que para sí representaba Hugo, hubiera ido á separarlo de la interesada pretendiente. Fué un esfuerzo inmenso el que tuvo que hacer Rosalía para disimular su amargura, que la señora Thompson, por más que hiciera aquélla para ocultarlo, comprendió en toda su extensión, congratulándose, pues, de antemano, del probable resultado de esa escena cuando se vieran solos Rosalía y Hugo.

Pero la señora Thompson fué más lejos con pasmosa habilidad, mientras su hijo contemplaba con Bárbara, á quien había aceptado acompañar en esa visita artística únicamente con el fin de que su madre, por corrección siquiera, tratándose de un nuevo invitado, hablase con Rosalía cuanto más mejor.

He aquí cómo empezó la distinguida señora Thompson su preparada farsa para humillar con la mayor crueldad á Rosalía.

—Mi hijo la admira á usted con todo su fervor.

La interpelada, olvidándose del lugar en que se hallaba, contestó con vehemencia:

—Y yo le adoro con toda mi alma.

El semblante de la señora Thompson cambió repentinamente para Rosalía, desapareciendo de él la sonrisa en apariencia sincera del primer momento al oír la osada exclamación amorosa de la danzarina con referencia á Hugo. Y recalando sus sílabas la recitó esta frase:

—Quise decir que él la admira por su arte.

Esta vez fué el rostro de Rosalía el que sufrió una alteración radical por la consecuencia de la ilusión truncada al contacto de la realidad.

Desde ese momento, la señora Thompson ponía en práctica su plan de derrota de Rosa-

lía, sorprendiendo á ésta con la siguiente petición á la puerta del salón de baile:

—Cuando usted guste, señorita Lawrence, calmará la impaciencia con que todos esperamos verla y aplaudirla. ¿Tiene usted aquí sus vestidos de baile?

—Pero... ¿me ha traído su hijo para bailar?

—Naturalmente. ¿Para qué otra cosa podíamos invitar á una bailarina?

—¡Ah!...

Rosalía oponía una feroz resistencia á sí misma para no revelar, antes de pasar por la humillación á que intencionadamente quería obligarla la hipócrita aristócrata, el gravísimo secreto de su matrimonio con Hugo, pero el temor de echarlo todo á perder cuando su esposo ya debía estar cerca del logro de sus buenos propósitos de arreglo de la situación insostenible para ambos, fué más fuerte que el resentimiento de su dignidad ofendida.

—¿Qué quiere usted que pida á la orquesta, un vals ó un fox-trot?

Rosalía vino á contestar con un ligero gesto de espaldas, que lo mismo le daba un baile que otro.

En seguida la señora Thompson anunció á sus invitados la original sorpresa que les había preparado aquella noche: la popular baila-

rina, recién retirada del teatro, había aceptado la oferta de bailar en sus salones.

Como afilados dardos todas las miradas se clavaron en Rosalía y hasta ella, que sufría lo indecible tanto más cuanto á Hugo no se le veía, imaginándose con la otra, llegaron estas murmuraciones:

—En realidad, la muchacha parece elegante... casi una señora.

—Es toda una belleza, que acredita el paladar delicado de Hugo.... ¡Pero el atrevimiento de traérnosla aquí...!

¡Cruel desengaño! ¡El castillo de sus doradas ilusiones derrumbóse á su primer contacto con la fría realidad!

La música atacaba con mucho brio un airoso baile... y Rosalía, llorando por dentro y sonriente por fuera, se lanzó en el laberinto de su espíritu sin guía.

¡Pobre Colombina! Sus pies alados parecíanle mazas de hierro que golpeaban, implacables, sobre su pobre doliente corazón.

Dejábala Arlequín abandonada á su amargo desconsuelo infinito.... ¡y aun había de agradecer á una muchedumbre que no le concedía derecho á tener alma!

Hugo, al bajar con Bárbara del piso superior á donde fueron para ver el cuadro, vió desde el pie de la escalera, sin osar acercarse

más al salón, á su esposa en vistosísima danza; y lejos de suponer la indigna comedia de la que se la hacía víctima inocente, le tuvo para sus adentros palabras de gratitud, figurándose que se trataba de un ardid de mujer astuta para alejar de la mente del mayor malicioso cualquiera sospecha de lo que existía entre ambos.

Terminó la danza y una ovación coronó el éxito obtenido por la danzarina, á quien la señora Thompson, cuando cesaron los aplausos, manifestó delante de todos los invitados:

—Su danza ha sido una maravilla. ¿Adonde le envió el cheque, señorita Lawrence?

La grosería no podía alcanzar mayor grado... y á ello contestó Rosalía con mucho acierto:

—Muchas gracias por sus elogios. El cheque puede enviárselo... á la casa benéfica de su predilección.

Después de esta réplica, Rosalía salió precipitadamente del salón, resuelta á marcharse á su casa. Hugo, desconcertado por lo que acababa de oír de boca de su propia madre, iba á oponerse á que Rosalía partiera sin él... pero su padre, que también lo había presenciado todo, lo detuvo por un brazo, y Rosalía marchose sola; pero antes le dijo á Hugo, cuyo cerebro divagaba:

—¿Cómo ha podido usted hacerme lo que me ha hecho? Si era humillarme lo que ustedes se proponían, pueden estar satisfechos del triunfo.

Para Bárbara y su supuesta futura madre política, la victoria obtenida sobre Rosalía era opinada rotundamente decisiva.



¡Pobre Colombina! Sus pies alados...

Encerrado con su padre en el despacho de este último, Hugo recibía un nuevo sermón, mucho más agrio esta vez que de costumbre. He aquí suscintamente lo que ámbos dijeron:

—¡Pobre necio! ¡Es absurdo querer tratar á esas mujeres como á iguales!

—Y no somos iguales, ciertamente... ¡Ella es mucho mejor que yo!

—Por última vez te lo digo: ¡ó renuncias á esa chica, ó sales de casa sin ningún derecho! ¡Y es hoy mismo cuando has de terminar este asunto! Yo me encargaré de solucionar lo que después ocurra.

—¡Pero tú no conoces á esa muchacha, papá!

—¡Ni quiero conocerla! Lo que quiero es librarte de ella cuanto antes, y pagaré sin regateos el precio que exija.

*
**

Los acontecimientos ulteriores vertieron sus sombras en tinta de imprenta.

DISTINGUIDAS FAMILIAS DE NUEVA YORK FIGURAN EN UN INTERESANTE ANUNCIO.

“Los señores Thompson nos anuncian hoy el próximo enlace de su hijo Hugo con la señorita Bárbara Royce. Esta boda, que unirá á dos de las más ilustres familias de Manhattan, l'ena un deseo largo tiempo acariciado por los padres de los futuros contrayentes. El señor Thompson

nos confirma de palabra el rumor de que su regalo de boda para su hijo será un cheque por un millón de dólares.”

Este eco de sociedad lo había mandado publicar el mismo padre de Hugo, para atraerse al descarriado joven con el brillo del oro ya que no era posible conseguirlo á fuerza de consideraciones.

El diario salió durante la fiesta de la señora Thompson, y Tomás Darcey, en el rancho Dar See, lo recibió el mismo día. Considerando que algo grave debía ocurrirle á Rosalía, para que los periódicos publicaran el próximo casamiento de Hugo, (que sabía esposo de su amada amiga) con Bárbara, decidió acudir á su lado para tranquilizarse y brindarle su protección si acaso la necesitaba.

Por la noche Hugo fué á dar á Rosalía toda clase de satisfacciones por lo que había sucedido por la tarde, muy á su pesar é ignorándolo en absoluto.

—Acabo de tener con papá una escena violentísima.

—No tenemos para que hablar de tu padre.

—Pero comprende, querida, que mi padre es un hombre terriblemente enérgico y de gran poder. Todo lo pierde quien contra él se rebela.

—¡Es que yo soy tu mujer! ¿No te preocupa el juicio que de mí pueda formar la gente?

—Sólo á Bárbara puede culparse de lo de esta tarde. Te juro que mi sorpresa fué tan grande como la tuya.

—Nunca creí que la humanidad pudiera ser tan cruel... y tu madre más que todos.

—Un incidente doloroso que yo también lamento, Rosalía... Mas ¿no son para estos casos el perdón y el olvido?

—Hugo, debes decir á tus padres que nos hemos casado. La pobreza contigo no sería sombra para mi felicidad.

—No sería oportuno... Además, yo no sé lo que es la pobreza... ni renunciaría por nada del mundo á los millones de mi padre.

—Pues para mí sería igual. ¿Crees que yo iba á tocar un dinero que me quemaría las manos?

—Sin embargo, por el dinero consentiste en ser mi esposa.

—¿Sientes eso que dices? ¿Piensas que me casé contigo por riqueza?

—Supongamos que yo no hubiese tenido un céntimo.

—*¿Y qué podía importarme, si te amaba?*

Fué la de Rosalía una exclamación sincera, brotada de su corazón bañado en lágrimas, pronunciada arrojándose á las plantas de su esposo. Hugo emocionóse ante la manifiesta ternura de su dulce compañera...

En ese momento llamaron á la puerta de la casa; Hugo, nervioso, ordenó á Rosalía:

—¡No abras esa puerta!

—¿Y por qué no?—preguntó ella.

—Podría ser mi padre... y hay que evitar que él me encuentre á tu lado.

—¡Aprende á ser hombre una vez en tu vida! Esta puerta se abrirá, sea para quien sea.

De modo que Hugo apenas tuvo tiempo de esconderse detrás de un cortinaje, pues Rosalía abría la puerta á continuación de su enérgica réplica á su marido.

¡Era Bárbara... Bárbara en carne y hueso!

Rosalía se preguntaba á qué iba allí su antipática rival.

Hugo, desde su escondite, menos asustado porque no se trataba de su padre, crispaba sus puños de rabia contra Bárbara, pero permanecía silencioso por escuchar lo que dijeran las dos mujeres.

—Sé que usted no pensaría que yo pudiese venir á esta hora, pero estando habituada á recibir tarde las visitas, creo que no le molestará....

—Diga usted lo que haya de decirme....

—Delicioso nidito el que tiene usted aquí. Por supuesto, que á Hugo siempre le gustaron las cosas bonitas.

—Conforme, pero ¿con qué derecho viene

usted a formular juicios que nadie le pide sobre mi hogar y sobre mi vida?

—¿No encuentra usted lógico que yo me interese por los asuntos de Hugo?

—¿Es ese interés el que la trajo á usted aquí?

—Vine á tratar con usted de sus futuras relaciones con Hugo, convencida de que, después del anuncio, ello era en mí un deber.

—¿Después de qué anuncio?

—Seguramente ha debido usted verlo, porque lo ha publicado toda la prensa.

—Yo no sé nada.

—Lea, que puede interesarle.

Rosalía leyó el siguiente anuncio insertado en el periódico que le tendía Bárbara, el cual con una ligera variación del texto, venía á ser el mismo que el que leyera Tomás en otro periódico:

"UN MILLÓN DE DÓLARES COMO REGALO DE BODA

Las familias Thompson y Royce, de tanto relieve en la sociedad neoyorquina, unidas por un pacto matrimonial.

Hablando del proyectado enlace de Hugo Thompson con la señorita Bárbara Royce, el padre del novio declaraba hoy que su regalo consistirá en un millón de dólares.

La fecha de la boda no está fijada aún..."

—Esto no es verdad. ¡No puede serlo de ningún modo!

—¿Por qué no?

—¡Es imposible que usted se case con Hugo!

—¿Imposible? ¿Y por qué?

—Que él mismo se lo diga.... ¡Hugo, sal!

—¡Estaba oyéndonos!

—Ven, Hugo... por favor.

—¡Hola, Huguito!

—Tú me prometiste, Bárbara, que nunca intervendrías en mis asuntos.

—¡Díle, Hugo, por qué no puedes casarte con ella!

—Calma, mujer.

—¡Díselo, díselo!

—Vamos, Hugo; sepamos lo peor.

—No discutamos eso ahora. Es cuestión para ser tratada entre nosotros dos.

—Atiéndeme, Hugo; haz comprender á ella lo que yo soy para tí.

—Pero, Rosalía, déjame hacer á mí.

—Si no te atreves á decirselo, se lo diré yo.

—Le ruego que no se moleste. El caso está bien claro, sin necesidad de más revelaciones.... Y para no seguir molestando... me marcho.

Así que se fué Bárbara, Rosalía increpó á Hugo, llorando de rabia:

—¿Cómo has permitido que ella se vaya, pensando *eso* de mí?

—Era preciso, Rosalía.... ¡Lo hubiera dicho todo á mi padre ¡Y si me arrojaba de la casa y me desheredaba, ¿qué sería entonces de nosotros?

—¡Oh! ¡Eres un cobarde! ¿Acaso el matrimonio no significa nada para tí?

—Para mí padre, no. ¿Qué matrimonio no podría él anular con su poderosa influencia?

—¡Y tú sabías eso! Luego el casamiento fué un engaño por tu parte... ¡un fraude indigno que usaste para conseguirme!

—¡Por favor, repórtate, Rosalía!

—¡Déjame! ¡No lo volverás á hacer, te lo juro!

En su desesperación, Rosalía cogió de encima de una mesa un cuchillo y lo empuñó con instinto criminal. Rápidamente se lo hubiera hundido en la espalda á Hugo si un salvador oportuno no llegara en tan crítico momento.

El aludido era Tomás. Como la puerta de la casa no había sido cerrada por Bárbara al irse, y por haber oído claramente la disputa que habían sostenido, después de la partida de aquélla, Hugo y Rosalía, se había permitido entrar sin pedir permiso derechamente á proteger, como á una hermana menor, á la indefensa muñeca.

Rosalía, agotadas sus fuerzas, sufrió un ligero desmayo en los brazos de Tomás.

Repuesta del síncope, Tomás iba á castigar al ofensor, pero Rosalía no necesitaba ver maltratado á Hugo para perdonarlo, y, con venciéndose entonces de que el dinero se inter-



...se lo hubiera hundido en la espalda á Hugo si...

pondría siempre entre ella y él, le arrojó de su casa con todo el desprecio que cabía en su pecho, y le dijo:

—¡Sal para siempre de mi casa y de mi vi-

da! ¡Te doy graciosamente esa libertad que pensaba comprarme tu padre!

Hugo partió y no tardó en consolarse de haber perdido, en divorcio legal, tramitado secretamente como su casamiento, á Rosalía, en



...agotadas sus fuerzas, sufrió un ligero desmayo...

la contemplación del oro que por su obediencia merecía de su padre.

Y la pobre Rosa yació pálida y rota hasta que las manos hidalgas y amantes de Tomás la llevaron al vergel amoroso en que había na-

cido y en donde la madre tierra la enseñó á florecer de nuevo.

A su boda con el bueno de Tomás asistió, entre otras varias amistades el empresario Alfredo, quien, después de la ceremonia preguntó á Rosalía:



...Tomás iba á castigar al ofensor...

—¿Nunca más recobrará el arte á su Rosalía gentil?... Su viejo amigo Alfredo suplica á usted que vuelva al escenario de sus triunfos.

Y ella dijo:

—No, Alfredo; en su mundo de artificio siempre habrá rosas, más o menos fragantes;

pero esta Rosa sólo exhalará ya sus aromas en el jardín de su marido.

Tomás se hinchaba....

Y en aquel vergel humilde, todo dulcísima quietud en que naciera, una radiante felicidad inextinguible iluminó la vida de nuestra Rosa de Nueva-York.

FIN.

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Próximo número:

EL PRECIO DE LA BELLEZA

Deliciosa comedia sentimental magistralmente interpretada por la monísima

MARIE PREVOST

Exclusiva Gaumont

Postal-fotografía:

Alberto Capozzi

Sale todos los miércoles. Precio 25 cts.

**¿Ya tiene usted completa la
colección de nuestras novelas
y postales?**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robin de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario).

Postales-fotografías

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont.